

excepto un oficial, que insiste que no eran tan pobres como pretendían. ¿Fue esta clasificación de los *lipes* como los *urus*, un reconocimiento de su pobreza e incapacidad? o ¿fue una estrategia exitosa de resistencia colonial que logró evadir las obligaciones coloniales?

Esta versión de la transformación de una identidad de ricos, asociados con la categoría aymara a pobres, acredita al grupo *lipe* con ser sumamente hábil, capaz de manipular al gobierno colonial a su favor. Pero si la clasificación de *uru* realmente define un grupo inferior, entonces ¿tiene esta clasificación u otro significado para la gente así designada? ¿eran los *lipes* pobres e inferiores o sumamente hábiles? El autor concluye que, “desconocemos casos en los que un grupo aymara asumiera una identificación *Uru*, menospreciada y desvalorizada por esa misma cultura”, pero es que nosotros hemos fallado todavía en nuestro intento de penetrar los filtros, para llegar al discurso social que pudiera revelar cómo esa gente veía y se definía a sí misma frente a los otros.

Karen Spalding

---

BARRIGA, Irma. *Patrocinio, Monarquía y Poder: el glorioso patriarca señor san Joseph en el Perú virreinal*. Instituto Riva Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima: 2010. 234pp.

Este libro constituye para la autora, la feliz finalización de un proyecto de largo aliento, la concretización de un intenso trabajo, a veces difícil en los aspectos logísticos o de acceso a las fuentes o a las obras, pero cuyas problemáticas son sumamente apasionantes. Ello lo podrán constatarlo en la lectura de este sugerente libro. Quiero aprovechar esta oportunidad para resaltar el extraordinario trabajo que realizó Irma Barriga para este estudio, con la gran minuciosidad y a la vez gran capacidad de puesta en perspectiva que la caracterizan, tanto en la investigación de fuentes como en el análisis iconográfico e iconológico de las obras encontradas por ella.

El libro, dividido en tres secuencias, trata en un primer momento de la conformación de la figura de San José desde los evangelios apócrifos; luego pone a la luz cómo se desarrolló en el Perú virreinal lo que vendría a ser el glorioso patriarca señor San Joseph; finalmente, en la última secuencia se dedica a analizar la iconografía josefina propiamente dicha.

A través de estas secuencias y más allá, Irma Barriga logra desarrollar un conjunto argumentativo perfectamente armado, que permite al lector entender en toda su riqueza y complejidad, la evolución de la devoción a San José, y por lo

tanto del discurso visual relacionado a su persona. Nos permite entender cómo hemos pasado del anciano, del humilde carpintero, a una figura que se vuelve paternalista en el ambiente de la Contrarreforma. Cómo hemos pasado luego de este perfecto padre que acompaña al niño desorientado —es decir, sobre nuestras tierras al indígena del Perú virreinal— a una figura de santo cada vez más omnipotente, asociada al Virrey de Egipto veterotestamentario, el patriarca San José. Y cómo el San José del Nuevo Testamento se vuelve finalmente una figura protectora para todos los ámbitos de la vida, poderoso, justo e incluso generoso intercesor en el momento del Juicio Final.

Esta omnipotencia, nos explica Irma, tiene no solo implicaciones teológicas sino también, y por supuesto, políticas. No solo es la Iglesia Católica quien apela a la figura de San José por ser una imagen unificadora en tiempos de crisis, sino que paralelamente la Monarquía también, en consecuencia se apropia de un San José que se vuelve, al igual que el soberano español, “ministro de Dios”. Cito a continuación este pasaje particularmente elocuente, a mi juicio, del libro: *“La identificación entre el monarca y el santo pasaba por el uso de un vocabulario común para referirse a ambos (...). Así, (el padre) Torres lo comparaba con elementos comúnmente vinculados al monarca: espejo, piloto, fénix (que representaba la casa real española), palma, sol (vinculado asimismo a la Eucaristía, de quien los Austrias y especialmente Carlos II, se decían protectores), águila, pastor. De otro lado, no puede pasarse por alto que su atributo, la vara, era por sí mismo una suerte de cetro, y un símbolo de poder”*.

Retomando el término de pastor, cabe resaltar que la asociación entre el José del Antiguo Testamento y el San José de los Evangelios no solamente existe en relación con el concepto de Virrey, sino que ambos son considerados pastores. Irma nos recuerda, dicho sea de paso, que en hebreo rey y pastor significaba lo mismo. Es así como San José se vuelve en la América virreinal el Buen Pastor, nuevamente con innegables connotaciones políticas. Aprovecho, Irma, para hacer un minúsculo añadido a este tema: además de la imagen del Buen Pastor que encontraste mencionada en la capilla de la cofradía de la Catedral de Lima, existe un lienzo cusqueño representando *la Divina Pastora*, de fines del siglo XVIII, que pertenece a la colección Barbosa Stern y que trató Luis Eduardo Wuffarden en el catálogo de la muestra *“De Amberes al Cusco. El grabado como fuente del arte virreinal”*, que tuve el placer de curar en el 2009. El lienzo es una copia de un grabado del alemán Ignaz Sebastian Klauber, también de fines del siglo XVIII, pero lo llamativo es que en el lienzo cusqueño se ha integrado una figura de San José pastor, copiada de un detalle de un grabado de Jerónimo Wierix representando la *Circuncisión*, publicado en las *Historiae Evangelicae* del Padre Nadal. Wuffarden resalta cómo, *“el pintor andino recurrió a una estrategia figurativa directamente heredada de la religiosidad contrarreformista: incorporar dentro de la escena a San José, vestido también como pastor”*.

De los numerosos procesos de transformación que conoce la figura de San José en su edad, estatus, en su función simbólica, política o social y que aborda ampliamente Irma Barriga, resaltaré todavía tres, que llamaron mucho mi atención: la suerte de cura de revejamiento de la cual se beneficia San José a partir del Concilio de Trento y especialmente del escrito publicado en Lovaina en 1570 por Johannes Molanus, *De picturis et imaginibus sacris*, y más generalmente las variaciones de la edad de San José en función de los ideales teológicos de la época –hasta la Edad Media una edad avanzada sinónimo de castidad, luego una edad más bien madura, más cercana a la edad de la Virgen, de acuerdo a los ideales humanistas del Renacimiento. En segundo lugar, quiero resaltar la magistral exposición de Irma sobre las razones del fracaso del patronazgo de San José en la América virreinal y finalmente la pregunta de la autora, sugerente, si el intento de la monarquía española de crear un patronazgo de san José en tierras americanas no tuvo el propósito de dar, a través de una figura más claramente ligada a España, un contrapeso a Santa Rosa de Lima. Este es un tema muy sugerente que podría dar pie a nuevas investigaciones.

Para concluir, quiero felicitar al Instituto Riva Agüero y a la Pontificia Universidad Católica del Perú por haber publicado este libro, que desde ya constituye una referencia de primer orden sobre el tema para la comunidad científica internacional. Esta figura tan familiar como es la de San José tomará después de la lectura una nueva dimensión.

*Cécile Michaud Couzin*